

El exilio literario español a Puerto Rico

TONI MONTESINOS
Crítico del diario *La Razón*

Un día de verano cualquiera, una familia de puertorriqueños y españoles se dirigía al aeropuerto Luis Muñoz Marín. De súbito, alguien se refirió a la canción “En mi Viejo San Juan”, y entonces las distintas generaciones que iban montadas en el vehículo empezaron a entonar unos, conocer otros, la melancólica letra que tan bien interpretó el cantante mexicano Javier Solís. Esa escena familiar, antes de una despedida entre lágrimas por abandonar la llamada “Isla del Encanto”, refleja en cierta medida una unión lírica, sentimental, fraterna entre España y Puerto Rico que se ha ido prolongando tras la pérdida española de las colonias en 1898 y que, por diferentes cuestiones migratorias, ha dejado huellas imperecederas en el mundo de las letras.

“En mi Viejo San Juan / cuántos sueños forjé / en mis noches de infancia / mi primera ilusión / y mis cuitas de amor / son recuerdos del alma...”, dice la segunda estrofa de la canción. Cómo no emocionarse siendo exiliado de Puerto Rico al escuchar esos y estos versos: “Una tarde me fui / a una extraña nación / pues lo quiso el destino / pero mi corazón / se quedó frente al mar / en mi Viejo San Juan”. ¿Sentiría tal cosa el padre de Luis Cernuda, la madre de Pau Casals, la abuela y la mujer de Ricardo Gullón, la esposa de Nicanor Zavaleta, los antepasados de Zenobia Camprubí cuando, en un momento dado, tuvieron que dejar su tierra? Escritores y músicos, profesores de literatura y derecho, he ahí el éxodo cultural desde la Madre Patria al acogedor Puerto Rico, lugar también de visita obligada para los que acudían a trabajar a universidades norteamericanas y, tarde o temprano, sentían el anhelo de pisar el Caribe; como hizo el lingüista Tomás Navarro Tomás (1884-1979), que elaboró un estudio entre la población boricua en los años 1927-1928 y, ya asentado en la Universidad de Columbia, publicó *El español en Puerto Rico* (1948).

O como Federico de Onís (1885-1966), también maestro en Columbia desde muy pronto, 1916, hasta su jubilación; seguramente, el mejor amigo de Juan Ramón Jiménez en la isla, donde fue director del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico y de su *Revista de Estudios Hispánicos* entre 1928 y 1929; además, realizó la edición de un poeta puertorriqueño, Evaristo Ribera Chevremont: *Antología Poética, 1924-1950* (1957). Otro filólogo insigne, Amado Alonso (1896-1952), se embarcó en 1927 en Cádiz invitado por la universidad puertorriqueña para dar un curso sobre fonética. El mismo año, otro Alonso, Dámaso (1898-1990), también de carrera estadounidense –Yale, Harvard–, ejercerá de profesor visitante durante el verano en la UPR. ¿Qué tendría el país caribeño para atraer tanto a los intelectuales hispanos? Una posible respuesta: “La isla de Puerto Rico es, en el más amplio sentido de la palabra, su propia hipérbole. Tropical, flanqueada por dos mares y patria de dos lenguas, es realmente única. Desde el aire, parece una gema engarzada en otra. Poco puede sorprender, por tanto, que los tres años que pasó allí Salinas –desde 1943 a 1946– fueran para él un verdadero oasis”, dice la profesora Jean Cross Newman.

Oasis de vida y creatividad literaria, pues los escritores españoles que allí se instalaron desarrollaron proyectos artísticos y académicos extraordinariamente importantes. Es el caso de Salinas –venido de la Universidad Johns Hopkins de Baltimore–, que en San Juan experimenta una segunda juventud, literaria y espiritual. “Aquí, he vuelto a respirar español, en las calles de San Juan, en los pueblos de la isla”, asegura en la conferencia “Aprecio y defensa de la lengua”. El texto formaría parte de *El defensor*, pero además escribe en este periodo nueve obras teatrales, poemas para *Todo más claro*, los estudios *Jorge Manrique o tradición y originalidad* y *La poesía de Rubén Darío* y, cómo no, *El Contemplado* (1946), de cuya concepción habla el autor a Jorge Guillén por carta: “El mar ha llegado a un grado tal de hermosura que yo me paso la mañana mirándolo”, dice, radiante de vitalidad tras cuatro meses en Puerto Rico, y añade: “Primera consecuencia: un poema sobre el mar, llamado: ‘El contemplado’, que se escribiría si Dios quiere, y del que no hay hasta ahora más que tres renglones” (6-XI-1943). La biógrafa de Salinas cita al historiador Tomás Blanco,

que en la revista *Asomante* –podríamos decir que la equivalente a la *Orígenes* cubana– habló de cómo a Salinas “Puerto Rico le entró por los ojos; y, en parte, mucho también por los oídos; hasta enraizársele adentro y florecerle luego en pura poesía”. Allí, frente a su adorado mar, fue enterrado en 1951 –pese a que murió en Boston–, en el viejo cementerio de San Juan, “un lugar de impresionante belleza, entre el muro exterior de la fortaleza –El Morro– y el mar”, como afirma Ricardo Gullón en el libro de 1953 que dedicó a sus visitas boricuas-juanra-monianas.

Antes que Salinas, en 1941, en pleno exilio centroamericano, María Zambrano (1904-1991) había llegado a Puerto Rico para dictar cursos de filosofía en el Departamento de Estudios Hispánicos de la UPR y en la Universidad de Río Piedras, entre otras instituciones. Lo había hecho desde Cuba, donde trabajaba para el Instituto de Investigaciones Científicas de la Universidad de La Habana y donde verá a Salinas en un viaje de éste al país vecino en julio de 1944 para dar unas conferencias. Muy vinculada con escritores y publicaciones de ambas islas, Zambrano entrega al diario puertorriqueño *El Mundo* el ensayo *Isla de Puerto Rico (nostalgia y esperanza de un mundo mejor)*, texto que utilizará el futuro gobernador Muñoz Marín para preparar la Constitución del Estado Libre Asociado de Puerto Rico en 1952, por la cual los puertorriqueños pudieron empezar a elegir su Gobierno, aunque manteniendo relaciones económicas y políticas con los Estados Unidos.

Los años cincuenta son el clímax de la presencia española en Puerto Rico: en 1950, Francisco Ayala (1906-2009) es invitado para dar clases en la Facultad de Derecho de la UPR y ocupa luego una cátedra de Sociología en la Universidad de Río Piedras. Pero su tarea trascendental estará ligada a la literatura: al año siguiente, dirige el Servicio de Publicaciones de la UPR y funda la colección Biblioteca de Cultura Básica en coedición con Revista de Occidente, para la cual acepta la propuesta de Julio Cortázar de traducir los cuentos completos de Poe. Asimismo, en 1953 crea la revista *La Torre*, que aún perdura. Al fin, en 1957 marchará a Nueva York, el año en que Pau Casals (1876-1973) contrae matrimonio con una discípula puertorriqueña sesenta años más joven. Antes había creado el Festival Casals, que sigue celebrán-

dose, y escrito el Himno de las Naciones Unidas o Himno de la Paz. El violonchelista fue enterrado en San Juan (más tarde sus restos iban a acabar en su localidad natal de El Vendrell), al igual que su colega el arpista Nicanor Zabaleta (1907-1993), que en 1950, en un concierto en la isla conocería a la que sería su esposa boricua. Ambos músicos tocarían, en la intimidad, para Juan Ramón Jiménez y su compañera, Zenobia Camprubí.

La pareja se había instalado en Puerto Rico, también en 1950, como maestros; allá Juan Ramón empieza lo que denomina “mi tercera época” –tras su paso por Francia y su trayecto a Nueva York para casarse– y se pregunta: “¿Terminará con mi último viaje desde esta ‘isla de la simpatía’ a lo absoluto o, como dice mejor mi mujer, a la armonía eterna?”. En efecto, Zenobia, atenta a las depresiones nerviosas de su marido, confía en que al “estar en un ambiente paradisíaco” (diario del 17-XI-1951), el poeta retome el trabajo, como ciertamente hará. Incluso el primero de enero de 1953, Zenobia, tras describir el modo en que contemplaban las maravillosas vistas marinas desde el hotel Caribe-Hilton, apunta: “Juan Ramón no hace más que decirme en estos días que nunca ha sido más feliz”. Sin embargo, esta situación durará poco: las enfermedades se ensañan con los dos; ella muere en 1956, en la semana en que a Juan Ramón se le otorga el premio Nobel, y él fallece dos años después. Testigo de parte de todo ello es el filólogo Ricardo Gullón (1908-1991), que pasó dos cursos en Puerto Rico (1953-1955) como profesor visitante en la UPR, aunque el pretexto principal del viaje era ayudar a Juan Ramón en la ordenación de sus papeles y realizar un libro sobre él y el modernismo.

Pero si tenemos que destacar a un poeta que compaginó con máxima intensidad actividad docente y creación literaria, cabe citar a Ángel Crespo (1926-1995), que con su mujer, Pilar Gómez Bedate, se traslada a Puerto Rico en 1967 para enseñar en el Departamento de Humanidades de la UPR. Crespo vive en Mayagüez y, en los años setenta, se vuelca en la traducción de la *Comedia* de Dante, en innumerables ensayos y traducciones, además de ir componiendo sus propios poemarios, entre otras muchas labores. En la isla publica *Juan Ramón Jiménez y la pintura* (1974) y prepara *Dante y su obra* (1979), al tiempo que su esposa dirige la *Revista de Letras* de la Universidad de Mayagüez y

escribe *Stendhal*. “Siento la sensación de estar entre gente viva, capaz de organización y de relajación, de constancia y de improvisación y, sobre todo, de poseer una originalidad personal”, dice Crespo en su diario de 1971, pero también se aprecia cómo el exilio voluntario se agrava en su ánimo, mostrándose incómodo con el clima contundente, el ruido, la indolencia caribeña: “El aislamiento cultural a que me somete esta isla (ajena a todo lo que sea cultura) me obliga a hacer grandes esfuerzos para sentirme parte activa del tiempo en que vivo”, advierte al final de la década (3-XII-1979).

Antes de esta fecha, en 1974, Vicente Aleixandre (1898-1994) había recibido un homenaje por parte de la *Revista de Letras* y ya era miembro de la Academia de Artes y Ciencias de Puerto Rico. Seis años más tarde, Rafael Alberti (1902-1999) acudirá a la isla para participar en la celebración del centenario del nacimiento del autor de *Platero y yo*; su aportación fue la conferencia “De mi amistad con Juan Ramón Jiménez y su poesía”, en un simposio celebrado en el Hotel El Convento del Viejo San Juan. El mismo Viejo San Juan del que se despedía el emigrante de la canción –el mismo del que se alejaba esa familia hispano-puertorriqueña del siglo XXI camino al aeropuerto–, diciendo “adiós, adiós, adiós / Boriquen querida / tierra de mi amor”, con la esperanza de un regreso que sólo se quedaría en un deseo roto del corazón: “La muerte me llama / y no quiero morir / alejado de ti / Puerto Rico del alma”.

OBRAS CITADAS

- Newman, Jean Cross. *Pedro Salinas y su circunstancia*. Madrid: Páginas de Espuma, 2004.
- Salinas, Pedro y Jorge Guillén. *Correspondencia (1923-1951)*. Barcelona: Tusquets, 1992.
- Gullón, Ricardo. *Conversaciones con Juan Ramón Jiménez*. Sevilla: Sibila-Fundación BBVA, 2008.
- Jiménez, Juan Ramón. *Lírica de una Atlántida*. Edición de Alfonso Alegre Heitzmann. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 1999.
- Camprubí, Zenobia. *Diario 3. Puerto Rico*. Madrid: Alianza, 2006.
- Crespo, Ángel. *Los trabajos del espíritu*. Barcelona: Seix Barral, 1999.